

BIBLIOTECA

Selecta

OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

**PANAMA, PAIS Y  
NACION DE TRANSITO**

•  
STEFAN ZWEIG

**"LA INSTITUTRIZ"**

(Novela Corta)

Notas de  
Enrique Ruiz Vernacci  
y Alicia Ortiz Oderigo

FERGUSON & FERGUSON

LAS MEJORES FIRMAS

2

Cada país debe crear, mantener y  
acrecentar el valor intelectual, moral  
y físico de sus generaciones activas,  
preparar el camino a las generaciones  
venideras y sostener a las generacio-  
nes eliminadas de la vida productiva.

Este es el sentido del

## **SEGURO SOCIAL:**

una economía auténtica y racional  
de los recursos y valores humanos.

---

*Sal*  
**SEGURIDAD**

PUEDE DEPENDER  
DE UN CLAVO

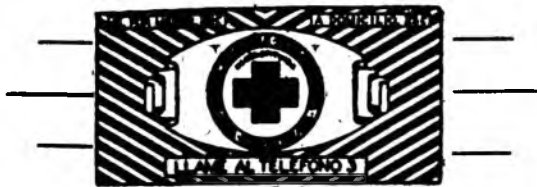
IMPORTAMOS  
**MATERIALES**  
DE PRIMERA  
**CALIDAD**

*Almacenes*  
**MARTINZ S.A.**



---

# **LECHERIA SANTA ELENA**



**Teléfono 3      Calle A. No. 5      Apartado 300**

**Si Ud. desea probar esta leche nueva solicite**

**muestras gratis en nuestras oficinas.**

## **AHORRE DINERO**

**TOMANDO LA LECHE NUEVA**

**SANTA ELENA**

**que es tan buena y alimenticia como**

**cualquier otra leche.**

**CAMBIAMOS LAS TAPITAS**

**por diversos artículos, para rifas de Prendas,**

**Juguetes para niños, artículos para el hogar,**

**o botellas de leche.**

**25 tapitas 1 botella de leche (grande)**

**15 tapitas 1 botella de leche (chica)**

**BIBLIOTECA SELECTA**

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Año 1 — FEBRERO DE 1946 — Número 2

OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

**PANAMA, PAIS Y  
NACION DE TRANSITO**

•

STEFAN ZWEIG

**"LA INSTITUTRIZ"**

(Novela Corta)

Notas de

Enrique Ruíz Vernacci

y Alicia Ortiz Olderigo

•

**BIBLIOTECA SELECTA**

P A N A M A

1 9 4 6

## **BIBLIOTECA SELECTA**

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Oficinas: Avenida Ancón 73.

Apartado postal: 3181

Teléfono: 1436-L

Panamá, República de Panamá.

**Precio de Suscripción**  
**B. 1.50 al Año**



IMPRESIONES • ALTO RELIEVE  
PROCESO DE LITOGRAFIA  
RAYADO • ENCUADERNACIONES

**IMPRESA DE LA ACADEMIA**  
Calle Juan B. Sosa, No. 8. — Panamá, R. de P.

# VOCES DE ALIENTO

## UNA VALIOSA OPINION DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

*Muy grata impresión ha dejado en mi espíritu la publicación de “Biblioteca Selecta” dirigida por el poeta nacional Don Rogelio Sinán. En este medio tan árido, es un esfuerzo en pro de las cosas espirituales que merece todo el reconocimiento posible. “Selecta” indiscutiblemente, contribuirá al acrecentamiento de nuestra cultura y al mejor conocimiento, tanto aquí como en el extranjero de nuestros valores literarios. Para mí ha sido motivo de positivo deleite intelectual la obra del poeta Sinán, ya que la Administración que me honro en presidir considera que todo progreso material ha de ser compensado con el progreso cultural para establecer así un equilibrio noble y generoso que afiance nuestra condición de pueblo verdaderamente civilizado. Hace pocos días asistí, con verdadero placer, a una velada ofrecida en Colón por el Círculo Cultural y todo ésto me hace pensar que hemos vuelto por nuestros fueros de pueblo adicto a las nobles fuenas del espíritu. Felicito sinceramente al editor de “Selecta” por su acierto y hago votos porque coseche muchos triunfos en su empresa.*

Enrique A. Jiménez.

*Presidente de la República.*

Panamá, Enero 18 de 1946.

Señor don Rogelio Sinán.—Presente.

Estimado amigo:

Agradezco a usted altamente su cortés envío del primer número de la Biblioteca Selecta que inaugura usted junto con el año. Excelente encuentro la presentación y formato y lo felicito cordialmente por su iniciativa.

Presumo que la publicación será enviada regularmente a quienes se suscriban a ella y le suplico se sirva reservarme una suscripción y avisarme el valor de ella para remitírselo enseguida.

Augurándole el mayor éxito y con las seguridades de mi alta estima, soy de usted afectísimo amigo,

R. J. Alfaro,

Ministro de Relaciones Exteriores.

Panamá, 15 de Enero de 1946.

Señor don Rogelio Sinán.—Ciudad.

Estimado amigo:

Con la presente le envío un trabajito mío, que he escrito a la carrera, entre las mil ocupaciones que pesan sobre mí. En la esperanza de que sirvan para los fines que usted busca, acepte que lo felicite por el esfuerzo que la Biblioteca Selecta, cuyo primer número acabo de ver, representa en bien de la cultura popular de nuestro país, que tanto ha menester estas cosas.

Suyo afectísimo,

Octavio Méndez Pereira,

Rector de la Universidad Interamericana



## OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

Nació en 1887 en Aguadulce. Se graduó de maestro en lo que entonces era la Escuela Normal de Panamá, 1908. Obtuvo el título de Profesor de Estado en la Universidad de Chile, 1913. E hizo estudios especiales en Inglaterra y Francia. Ha sido siempre un propulsor incansable de la cultura istmeña y un gran educador. He aquí una síntesis de su carrera pública: Profesor de español en el Instituto Nacional; Sub-secretario de Instrucción Pública; Rector del Instituto Nacional en dos periodos; Secretario de Instrucción Pública, 1923-1927; Ministro Plenipotenciario en Chile, 1921; en Cuba 1925; en Francia y Gran Bretaña, 1927-1930; Primer Presidente y cofundador de la Universidad de Panamá, 1935-1940, y desde 1943 hasta la fecha; Miembro de varios Congresos Internacionales; Presidente del Congreso Bolivariano, conmemorativo del de 1826; Delegado de Panamá a la Liga de las Naciones y a la Conferencia Internacional del Trabajo; Delegado de Panamá al Congreso Científico de Lima, 1924; y al de Washington, 1940; Delegado al Congreso Indigenista de Pátzcuaro, México, 1940; Delegado a la Conferencia de las Naciones Unidas, San Francisco, 1945; etc. Es miembro activo de las siguientes instituciones: Academia Panameña de la Lengua; Academia Panameña de la Historia; Unión Iberoamericana de Panamá; Sociedad Bolivariana; Sociedad Panameña de Derecho Internacional; Comité Franco-Americano; etc. Y es miembro correspondiente de la Academia Española de la Lengua; de la Academia Española de la Historia; de la Sociedad Filosófica Americana; de la Sociedad de Americanistas de París; del Instituto Sanmartiniano de Colombia; de la Sociedad Bolivariana de Colombia y del Ecuador; del Centro de Ciencias, Letras y Artes del Brasil; de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala; del Centro Valle-Caucano; de la Academia de la



Historia de Caracas, de la Habana, de Cartagena, de Santander, de Quito y de Santiago de Chile; de la Sociedad de Artes y Letras de la Habana; de la Sociedad Científica chilena; de la Sociedad de Folklore chileno; del Ateneo de Lima, del de Guatemala; etc. Y ha recibido las siguientes condecoraciones y distinciones: Premios en varios concursos literarios; Doctor **honoris causa** de la Universidad de San Marcos de Lima; Doctor **honoris causa** de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de Panamá; Doctor **honoris causa** de la Universidad de Southern, California; Doctor **honoris causa** de la Universidad Nacional de Colombia; Certificado de la Universidad de Londres; Comendador de la Legión de Honor de Francia; Gran Cruz de la Orden del Libertador de Venezuela; Gran Cruz de la Orden de Chile; Gran Cruz de la Orden de Vasco Núñez de Balboa; Gran Oficial de la Orden de Carlos Manuel de Céspedes; Oficial de la Academia Francesa; Comendador de la Orden de Carlos III de España; Comendador de la Orden del Aguila Azteca; Gran Oficial de la Orden del Sol del Perú; Medalla de Instrucción Pública de Chile; Medalla al Mérito (primera clase) del Ecuador; Medalla al Mérito de Chile; Medalla de la Solidaridad de Panamá; Gran Oficial de la Orden de Boyacá.

#### BIBLIOGRAFIA

Higiene del Estudiante (1912); Significado Peyorativo de algunos nombres (Santiago de Chile, 1912); Elementos de Instrucción Cívica (5ª ed.) Historia de la Instrucción Pública en Panamá; Cervantes y el Quijote Apócrifo (1914); Parnaso Panameño (1916); Notas y Bocetos (1918); Ejercicios de Lenguaje (New York); Justo Arosemena (1919); Dante (1922); Historia de la Literatura Española; El Canal de Panamá; En el Surco (1925); Memorias de Instrucción Pública (1924 a 1926); Emociones y Evocaciones (París, 1928); Fuerzas de Unificación (París, 1930); El Tesoro del Dabaibe (1933 y cuatro ediciones más); Leonardo de Vinci; Literatura Nueva (1932); Historia de Iberoamérica (1936); Antología del Canal (Bodas de Plata 1914-1939); Tierra Firme (1940); Fundador de las siguientes revistas y periódicos: Estudios, Revista de la Universidad, El Educador, Antena, etc. Fué Director del Panamá-América y mantuvo por nueve años una columna en La Estrella de Panamá.

(Datos tomados del "WHO IS WHO IN LATIN AMERICA" por Alvin Martin)



## **El Ritmo de la Prosa del Dr. Octavio Méndez Pereira**

Por  
ENRIQUE RUIZ VERNACCI

*Estaba allí, en el balconcillo de la casa campestre, sentado ante un mínimo escritorio que recuerda los pupitres de una clase de segunda enseñanza. Le daba sombra, en el mediodía tropical, un hermoso árbol. Su mirada se perdía lejos. Por entre las ramas, de un verde oscuro, contemplaba las nubes.*

*El rostro plasmaba una magnífica serenidad creadora. La ancha frente se sentía poblada de pensamientos. En la diestra, la pluma: las cuartillas blancas se llenaban de letras altas, trenzadas finamente: apenas borraba una palabra. Cerca de una silla, estaban unos libros. En uno se podía leer el nombre del autor en la portada: José Ortega y Gasset.*

*Por qué traía la actitud de este hombre en la tarea de escribir, de pensar y hacer frases las ideas, el recuerdo de una xilografía de Iodocus Badius, de comienzos del XVI, conservada en París? Esa xilografía pretende reproducir los rasgos de Jochannes Gutenberg, muerto en Maguncia en 1468.*

*El Doctor Octavio Méndez Pereira trabajaba en su deliciosa finca del Valle.*

\* \* \*

*Seguir la trayectoria del Doctor Méndez Pereira, en su aspecto de escribir, no es el objeto de esta breve nota. Se trata tan sólo de un intento de análisis, en torno a su manera de hacer. Se intenta comentar la calidad de este positivo valor panameño, cuya labor como pensador, como literato, es merecedora de la máxima atención, lo que a veces se olvida quizá por frivolidad, quizá también por esa actitud tan latina—podrá decirse tan española?—de discutir autenticidades,—empeñados en destruir o a lo menos en rebajar aquello que está muy alto y por lo mismo sobresale en el medio, no tan escaso de cimas como algunos dan en proclamar.*

\* \* \*

*El estilo no es cualidad de la expresión literaria. Es una dote singular del artista, añeja a su personalidad, consecuencia de su carácter y de sus estudios. Lo que en la obra se denomina estilo es el resultado de la aplicación de esa dote personal.*

*Y no se ha de creer demasiado en el estilo tal como se imagina es el estilo. El estilo—ha dicho alguien y de noble categoría—resulta una enteleguía. Se habla cuando no se tiene estilo y entre quienes poco saben lo que es escribir. Una paradoja más: tener estilo no es tener estilo. Cuando se lee al Doctor Méndez Pereira—que de veras tiene estilo—y se cierra el libro, no se intuye cómo ha construido el autor esa prosa sabrosa. Se podría saber del olor y el sabor del*

*agua cristalina de aquella fontana en el elevado monte? Si se pudiera, el agua no sería límpida: algo habría en ella ajeno a su transparencia y a su delicadísima insipidez.*

*Los llamados estilistas carecen de ideas, faltos de emoción en su prosa. La prosa del estilista está ayuna de vitalidad. El estilista es artificioso, recargado y alambicado. No habrá quien se atreva a proclamar que Miguel de Cervantes es un estilista: por fortuna para Cervantes. Cristóbal Suárez de Figueroa, por ejemplo, sí es estilista. Se lee el comienzo de su libro "La Constante Amarilis": describe un jardín. Pronto abandona el aficionado el libro. Le ha cansado el estilista.*

*El estilo no se sabe bien en qué consiste. Un insigne maestro advertía en cierta ocasión que talvez el estilo consista en la supresión intrépida de las transiciones. Esa supresión, tan difícil, estriba en pasar de un salto de una especie esencial a otra especie esencial. Cómo se logra el milagro? Cómo se suprime lo embarazoso y accesorio? He ahí el misterio.*

*Lo indudable es que quienes quieren hacer estilo abusan del adjetivo y ofrecen una prosa que a los que entienden algo de técnica hace sonreír. El estilista fabrica una prosa de cartón pintado, no utiliza materia definitiva.*

*Lo que ha de tener una prosa es ideas y sensaciones.*

\* \* \*

*Pues entonces qué hay en esa prosa rica, elegante, tan modelada, del Doctor Octavio Méndez Pereira? Desde sus primeras páginas—"Cervantes y el Quijote apócrifo", por señalar alguna—, desde la biografía del Doctor Justo Arosemena, desde la historia del Canal, grabada en piedra en la plaza de Francia de esta ciudad, desde "El arte de estudiar y el arte de leer", con sus "Emociones y evocaciones", con sus "Fuerzas de*

unificación", con sus dos novelas históricas, "El Tesoro del Dabaibe" y "Tierra Firme", hasta sus más recientes ensayos y discursos, sorprende esa prestancia, esa dignidad, esa magia de la prosa del Doctor Méndez Pereira, que han de quedar en los anales no ya hispanoamericanos sino ampliamente españoles, como señeras, timbre de gloria de las letras de esta centuria.

El secreto es el ritmo. No otro ingrediente que el ritmo, prodigioso ingrediente. El propio Doctor Méndez ha dicho, al querer sintetizar su credo estético en una frase, que "su deseo de perfección ha sido destronado por el deseo de expresión". Y esto no es más que superar lo que se suele designar como estilo para ir más lejos.

El ritmo de la prosa del Doctor Méndez Pereira se adapta al discurso y al ensayo, a la obra de imaginación y a la exposición ideológica, abstracta, de la didáctica, que en él no es seca, árida, plomiza.

Es anterior a la expresión literaria del Doctor Méndez, el ritmo de su prosa.

No se puede decir del Doctor Octavio Méndez Pereira que sea un escritor de período largo o corto. Se caería en el ridículo. Su período es rítmico. Si falta substancia en el núcleo o pensamiento central y trabazón y plasticidad en los demás elementos de la prosa, aun en el período más breve, resultará enfadosa; y si reúne aquellas condiciones, el período más largo no cansará a quien lo oiga o lo lea.

Cómo se llegaría a definir, de una manera abstracta que se alejara de lo meramente formal, el ritmo? Quizá cabe afirmar que es el sentimiento de la invención: la meta del ritmo consiste en lograr el movimiento, la proporción, la congruencia, el orden, la armonía deleitosa, en lo que se escribe.

En esos apólogos o "exemplos" al modo del buen Infante don Juan Manuel, a los que tan aficionado se

muestra el Doctor Octavio Méndez Pereira, se encuentra el ritmo tan claro y perfecto como en las páginas de "El tesoro del Dabaibe" o en las magistrales de la biografía del Doctor Justo Arosemena o en las del ensayo titulado "Panamá, país y nación de tránsito" que se ofrece en esta entrega de la revista "Selecta".

No es el ritmo exclusividad de la obra en verso. La prosa posee su ritmo. Quién que lea con detenimiento a Cervantes, a Fray Luis de León en "Los Nombres de Cristo", al P. Feijóo, a Gabriel Miró, a José Ortega y Gasset, a Ramón Pérez de Ayala, no capta un ritmo, un prodigioso ritmo subyugador?

En rigor, el prosista que se decide por un hipérbaton, que tacha un artículo, que sustituye un adjetivo, qué hace sino buscar su ritmo, que es fondo y forma, que es aspiración suprema del artista?

\* \* \*

En el balconcillo de la casa campestre del Doctor Méndez Pereira en el Valle, gentiles damas van de un lado al otro. Esperan que la luna se muestre tras de aquellos montes ahora negros. Anuncia a la amada de Pierrot un halo maravilloso.

Y allí, sentado ante la mesita, el Doctor Méndez Pereira está con la pluma fuente en la diestra. El no habla. Cruzan las ideas por la amplia frente. Se las ve pasar.

Es así aquella xilografía de Jodocus Badius, el impresor de París que por el año mil quinientos añoraba a Johannes Gutenberg, hijo de un orfebre de Maguncia.

Panamá, Enero de 1946.



EN EL PROXIMO NUMERO PUBLICAREMOS:

**Introducción al  
Cuento Panameño**

POR  
ENRIQUE RUIZ VERNACCI

Y CUENTOS DE  
DARIO HERRERA  
SALOMON PONCE AGUILERA  
Y RICARDO MIRO

\* \* \*

LEA NUESTRO NUMERO ANTERIOR

CONTIENE:

**Vocación Filosófica del  
Doctor Justo Arosemena**

FOR  
J. D. MOSCOTE  
Y UNA NOVELA DE MIGUEL DE UNAMUNO

**El Marqués de Lumbría**

\* \* \*

**Suscríbese a la  
"Biblioteca Selecta"**





## **Panamá, País y Nación de Tránsito**

Angel Ganivet, ese ingenio que en el “Idearium Español” ahondó genialmente la crisis espiritual de su pueblo, encontró que ésta estaba en relación íntima con lo que él llamó el espíritu territorial, que en España se encierra en una casa “con dos puertas”, y por lo tanto “mala de guardar”, una especie de Istmo más que una península —unido por sus extremos a los Pirineos y el Estrecho— que la convirtieron, sin quitarle su carácter insular, en uno como parque internacional “donde todos los pueblos y razas han venido a distraerse cuando les ha parecido oportuno”. Y en esta realidad encuentra el ensayista los elementos fundamentales del carácter nacional de los españoles. Porque la tierra, más que la religión que, con ser algo muy

hondo, no es lo más hondo que hay en una nación, la tierra es lo que subsiste y lo que crea un espíritu permanente; y “como hay continentes, penínsulas e islas, así hay también espíritus continentales, peninsulares e insulares”. No incluye ni analiza por consiguiente Ganivet la realidad y el carácter de un Istmo que a la vez es puente y cruce de caminos. más istmo que el istmo ficticio de España, como lo es nuestro Panamá.

Valdría la pena intentar un día un estudio a fondo de este carácter especial que a los panameños nos ha creado y nos está desarrollando nuestro “espíritu territorial”. No nos caracterizan a nosotros ni la resistencia de los continentales, ni la independencia de los peninsulares, ni la agresión de los insulares que se defienden con el aislamiento. He sostenido yo antes con respecto a Panamá, que esta posición de puente del mundo nos va creando, sin darnos cuenta, una psicología de pueblo de tránsito, si así pudiera decirse. Psicología ligera, despreocupada, sin sentido de tradiciones, de constancia, ni aun de nacionalismo bien entendido, pues el que a veces ha apuntado ha sido de imitaciones de fobias. Vivimos como la Victoria de Samotracia con un pie en tierra y otro en el espacio, para emprender un viaje. Cada día aumenta el número de panameños que han salido del país y que habiendo salido quieren volver a salir y se sienten como desarraigados e incómodos en el medio que los vió nacer. Y este afán de salir, de pueblo que está a punto de irse para alguna parte, nos viene desde luego por contagio de los viajeros o turistas que diariamente vemos. Nuestra psicología se afecta también por otros aspectos, por la

influencia de estos viajeros. El turista como tal y en este sentido, es siempre inmoral y hace por donde pasa lo que no hace o no se atreve a hacer en su casa. Va dejando, pues, un sedimento de despreocupación y ligereza que aumenta constantemente en la psicología del panameño. Y para el turista son las cantinas y *cabarets* que inundan nuestras ciudades-puertos: para él es el comercio inmoral y fácil que aleja a nuestro hombre del campo, de la agricultura y de la industria.

Si echamos una mirada retrospectiva en nuestra historia veremos que el mal viene de muy lejos, desde el descubrimiento. Nos descubrieron porque Colón venía buscando un paso hacia las Indias Orientales, no porque los españoles pretendieran quedarse aquí, conquistarnos y colonizarnos. En verdad nunca lo hicieron en serio con el Istmo que ellos llamaron Tierra Firme. Fué tierra firme, sólo para poner el pie para la conquista de otros lugares. Centro de aventureros por aquí pasaban porque tenían que pasar y paraban sólo lo indispensable para preparar otros viajes y otras empresas. Hé aquí explicado de paso por qué los españoles, que dejaron en otras partes durante la Colonia —en México, en Bogotá, en Quito, en Lima, en Santiago de Chile— una arquitectura admirable en templos, conventos, palacios, sin mencionar otros aspectos de la cultura ibérica, en el Istmo no construyeron para la eternidad, sino para posadas en el camino, o para el comercio de tránsito de los viajeros. Clarividente, ya apuntaba algo de este fenómeno en su ensayo sobre “La población del Istmo” el Doctor Eusebio A. Morales: “Durante la épo-

ca colonial el Istmo tuvo, en contra de su desarrollo, un factor adverso poderosísimo; el estado de ánimo, el estado psicológico de los españoles. Véase si nó su obra. Siendo como eran miembros de una raza esforzada, emprendedora, inteligente y artística, a pesar de todo eso, en el Istmo nada fundaron. Construyeron entre Portobelo y la Capital un camino de primer orden porque era necesario para establecer la comunicación entre los dos océanos; fortificaron los castillos artillados de las ciudades de Portobelo y Chagres porque ello era indispensable para la defensa del tráfico; pero en el interior del país no hicieron ni un puente, ni un camino. Las ciudades eran obras efímeras. La antigua Panamá, según las crónicas, no tenía ni una sólo casa particular construída de mampostería o de ladrillos: todas eran de madera. Las únicas obras sólidamente construídas fueron los edificios públicos y las iglesias. Todo eso era efecto del ánimo que prevalecía en los habitantes. Ellos no se consideraban vinculados al suelo, no tenían aquí atracción espiritual; eran viajeros que hacían del Istmo una etapa en la vía de la fortuna; su inspiración y su amor estaban en España y hacia ella volvían los ojos entre la ansiedad y la esperanza. En los hogares no se vivía sino rindiendo culto a la patria ausente, y así se mantenía y perpetuaba la idea de una permanencia transitoria, de algo como un destierro cuyo fin era el anhelo, la aspiración constante e irresistible”.

El problema del Istmo no es —lo indico aquí como un parentesis— el que apuntaba Paul Rivet, al señalar el Nuevo Mundo desde la época prehistó-

rica, como un centro convergente de razas y pueblos, foco de atracción para los pueblos y razas más variados. Estos pueblos y razas han constituido al mezclarse, por lo menos desde el siglo XVI, una civilización nueva con características propias, que el indio recogió y desarrolló sobre su fondo común, porque las otras influencias étnicas fueron más o menos estables y durante siglos. Por aquí pasaron todos los conquistadores y religiosos, soldados, gobernadores, oidores y colonizadores, por aquí pasaron, los vimos pasar, las recuas cargadas con los tesoros que venían del Perú o del Potosí; por el camino de piedra que atravesaba el Istmo y por sus puertos en los dos océanos vimos cruzar las mercancías de todas partes que iban a salir para todas partes desde las ferias de Portobelo; por aquí pasaron después las corrientes humanas desgajadas desde el Este de los Estados Unidos hacia el Oeste, hacia las minas de oro de California; por aquí pasaron las comisiones científicas en las exploraciones primitivas del Canal; por aquí pasó la colonia efímera de Guillermo Patterson, el banquero de Londres; por aquí pasaron los piratas y los filibusteros buscando los depósitos de oro que habían de salir para España. Y todos en nuestra tierra iban dejando sus ansias de aventura que nuestro pueblo sufría a pesar suyo o recogía a su modo como recogía los mendrugos del comercio que le facilitaba el tránsito. Ha sido este comercio como un *maná* constante, que nos ha incitado a esperar siempre nuestra prosperidad de lo imprevisto: un día de los conquistadores y colonizadores que pasaban, otro de los buscadores de oro de Ca-

lifornia, otro del río revuelto de las ferias de Portotobelo o de las incursiones de los piratas, otro del Canal francés o del Canal norteamericano, otro de las flotas que atraviesan el Istmo o de la construcción de defensas o de los movimientos de las grandes guerras. Pero todo al pasar, sin dejar rastro, como de tránsito, sin que lo supiéramos aprovechar.

Del Canal apenas nos han quedado los mendrugos de los barcos y de los turistas que vemos pasar con otras banderas. Ni un túnel, ni un puente permanente para cruzar los dos pedazos de nuestra República, ni un gran camino carretero que resistiera los camiones de guerra de nuestro gran aliado, ni un comercio cuyo principal rendimiento fuera para nosotros.

Y con las migas que nos van cayendo al pasar nos ha sucedido lo que al hombre de la parábola que conté hace varios años en mi columna de periodista en la Estrella de Panamá.

“Era en los tiempos bárbaros cuando la fortuna pública y privada no estaba representada en la forma perfecta del papel moneda. Vivía entonces un pobre hombre que se desesperaba porque nunca podía tener en su bolsillo más de una pieza de oro.

Un día en que se dirigía a su trabajo para ganar el diario sustento, pidió fervorosamente a Júpiter que lo hiciera rico siquiera una hora.

Y Júpiter lo oyó. A poco de haber formulado su ruego, un retintín metálico sobre las piedras del camino, lo hizo bajar la vista. Era una pieza de oro que caída del cielo había rodado a sus pies. Se inclinó rápido, la recogió y la guardó en su bolsillo.

Diez metros adelante cayó otra moneda igual a la primera. Y otra, y otra, de diez en diez metros.

Nuestro hombre recogió oro durante más de una hora, hasta que se fatigó de tanto inclinarse. Seguro de su riqueza y confiado de la inextinguible generosidad de Júpiter, dejó la última pieza rodar hasta el arroyo. Y la lluvia de oro se paró...

Una vez en casa, el rico improvisado quiso contar su fortuna. Metió la mano en el bolsillo, pero ¡ay! el bolsillo estaba vacío. Hasta la moneda que constituía su fortuna primitiva había desaparecido... Que el bolsillo estaba roto y era la misma pieza, cayendo por el mismo agujero, la que el pobre hombre había recogido cien veces".

No andaríamos muy lejos de la realidad si comparamos la moneda de oro a la fortuna de Panamá y el bolsillo roto a la Caja de nuestra economía nacional. Nuestros Gobiernos, como nuestro pueblo, han vivido de lo imprevisto en un país alegre y confiado en un Júpiter que a cada cierto tiempo nos deja caer una moneda de nuestro bolsillo roto o para nuestro bolsillo roto sin planificar para el porvenir, sin estudiar las posibilidades de nuestra riqueza nacional, sin tratar de desarrollar ésta por los medios científicos y sin el consejo de expertos; supeditados, eso sí, como cosa natural, por las exigencias materiales inmediatas que siempre han concluído entre nosotros por vencer a las del espíritu, desvalorizar al hombre y generalizar el imperio de la vida irresponsable, vacía, imitadora y anónima. Un verdadero sometimiento del espíritu a los impulsos primarios de la

vitalidad, con detrimento grave de la cultura.

En la convivencia con individuos de otros pueblos, en el hervidero cósmico que no toma todavía consistencia de raza, en el puente geográfico que nos coloca en el centro del Continente, no todo, desde luego, ha de ser en contra del panameño. Como contrapeso optimista, estos hechos han infundido en su psicología una mentalidad abierta a todos los vientos y a todas las ideas, una inteligencia precoz y despierta, un espíritu liberal lleno de comprensión y tolerancia, también de altruismo que se concentra en el lema de su escudo: *pro mundi beneficio*. Aprovechando estas cualidades, nuestra mayor fuerza de resistencia contra las debilidades que antes hemos señalado está en la educación.

Pero en una sociedad que día a día se renueva por el aporte de los que pasan, la escuela tiene que hacer sola la parte que le corresponde en la labor educativa nacional. La parte que le corresponde a la comunidad, que es básica en el desarrollo espiritual e histórico de los pueblos, la conciencia colectiva que crean el lenguaje, la creencia, los sentimientos y los modos de acción comunes, es muy débil en un pueblo-puente como el de este Istmo nuestro. Por eso, para que el panameño llegue a ser hombre de cultura, de tradiciones, de comunidad moral vital, la escuela, la Universidad como culminación, tiene que multiplicar y fortificar todos sus recursos, tiene que vincular fuertemente la existencia interna del panameño a un orden trascendente de valores, que, como lo reconoce un educador, es lo que siempre conduce la vida hacia etapas superiores. Pocos países como



el nuestro necesitan mantener encendido en la escuela un elevado y noble ideal cultural, endilgado a formar la conciencia de los intereses y valores permanentes de la nacionalidad y de los bienes comunes de la humanidad; lengua, religión, ciencia, arte, literatura, etc. Sólo con este ideal cultural elevado puede el Istmo de Panamá aspirar honradamente y con personalidad propia a participar con los pueblos hispanoamericanos de una tradición y una cultura comunes. Y sin esta participación puesta al servicio de los más altos valores del espíritu, no seremos nunca una verdadera nación, sino un conglomerado en tránsito.

Yo no diría que educar es sólo crear un ideal elevado de vida por la cultura; educar es también crear necesidades. De ahí que el mejor plan de educación en un país como el nuestro sería uno que comprenda, junto con la educación técnica e industrial indispensable para el aprovechamiento de nuestras riquezas naturales y que nos enseñe a producir y a consumir, la educación científica que desarrolle esta riqueza conjuntamente con la inteligencia de nuestra población y la educación humanista y humanitaria que amplíe nuestro horizonte y nuestras aspiraciones de vida individual y social. Para darle consistencia a nuestra población, pues, hay que crearle necesidades, para que se vista mejor y use zapatos, para que se alimente bien y viva en casas higiénicas y cuide de su salud y vaya a la escuela y lea libros y periódicos y exija agua potable y luz eléctrica y caminos y trabajo bien remunerado.

Vuelvo a citar aquí al doctor Morales:

“Si no adoptamos un plan definido y prudente.

mente preparado para seguirlo por varios años consecutivos y nos empeñamos en continuar como hasta aquí, atacando los síntomas transitorios del mal, mientras éste se propaga insidiosamente. nunca tendremos en Panamá una población numerosa, trabajadora y feliz, dedicada a obras ennoblecedoras y fecundas. El programa es claro; crear necesidades que contribuyan a elevar moral y físicamente las masas populares, a efecto de que comprendan cuál es el fin plausible y grato del trabajo humano; difundir los principios de sanidad y de higiene que hacen del hombre un ente sano, fuerte, alegre y dinámico; unir los pueblos del Istmo por medio de una vía férrea que les haga vecinos y conocidos y los ponga en contacto diario, social, industrial y económico; atacar y desarraigar el vicio del alcoholismo”.

El conjunto de todos los factores de un programa así que dé toda su significación a la vida humana y a los principios morales que la rigen, constituye lo que se llama civilización y es lo que diferencia a ésta de la barbarie. Su desarrollo en todo el pueblo, lo repito, es función de la educación y obligación de todo buen ciudadano, si aspiramos a tener tradiciones y a ser depositarios de los destinos del porvenir.

Pero no sólo nos falta una cultura así integralmente concebida; nos falta como consecuencia el equilibrio que ella establece entre las fuerzas externas de transformación y la personalidad permanente del pueblo. Esta formación de la propia personalidad

parece la condición *sine qua non* para que la cultura trascienda de nosotros mismos y pueda contribuir a darle consistencia histórica y consciencia de su propia potencialidad a la nación. Nuestras indecisiones, nuestros temores, inconstancia e inconsistencia, nuestras crisis de política y educación resultados son, sin duda, de la falta de afirmación de nuestra personalidad y de integración de nuestra cultura y nuestro destino.

*Octavio Méndez Pereira.*



**CUATRO CUENTOS INEDITOS**  
**DE AUTORES PANAMEÑOS**

• **ROGELIO SINAN**

“TODO UN CONFLICTO DE SANGRE”

Las excentricidades de una dama alemana que cree volverse negra. Un caso extraño de trastorno obsesivo y un grave escándalo social.

• **OFELIA HOOPER**

“EL INDIO SEÑIL DOMADOR DE LEOPARDOS”

Leyenda guaimí donde campea la gallarda silueta del valiente Señil atravesando las selvas acompañado por sus treinta leopardos.

• **FITO AGUILERA**

“PANAMA ES UNA TACITA DE ORO”

La tragedia del campesino panameño que abandona su rancho “por no matar al hijo del patrón” y es devorado por la ciudad.

• **ALFREDO CANTON**

“EL CIEGO DEL BULABA”

Novela corta donde se narra la HISTORIA DEL HOMBRE SIN PATRIA. Drama intenso vivido en el corazón de la selva centroamericana.

—————:O:—————

Aparecerán en los próximos números de la  
**BIBLIOTECA SELECTA**

## STEFAN SWEIG

### NOTA BIOGRAFICA.—

Nació en Viena (1881). Sus padres judíos acaudalados, pudieron darle una educación esmerada y animaron su vacación literaria facilitándole sus viajes por Rusia, París, Londres, Florencia, Berlín, Roma, Bruselas, Madrid y otras ciudades europeas. Luego hizo un viaje largo por Africa India y Asia. Visitó Norteamérica y el Canadá. Y hubiera continuado sus correrías de glo-

be trotter de no haber sido por la primera Guerra Mundial cuyo estallido lo hizo volver a Viena. Comenzó su carrera literaria haciendo versos y traduciendo a los mejores poetas de su tiempo. Fué amigo inseparable de Verhaeren y de Romain Rolland cuyos perfiles ha sabido trazar en páginas admirables. Luchó en todo momento por la paz y en defensa de su pueblo oprimido. Su obra más representativa en este sentido es su dramático "Jeremías" clasificado como la mejor pieza del teatro hebreo contemporáneo. La hecatombe mundial lo hizo escepase de Viena y establecióse en Salzburgo. Desde entonces dedicóse a escribir las biografías que lo han hecho famoso. También ha escrito obras de ficción como esa famosísima novela corta "Amok" que ha sido llevada a la pantalla con éxito ruidoso. En 1936 asistió al Congreso de los P.E.N. Clubs, en Buenos Aires; y la magnífica acogida que le dispensaron Argentina y Brasil lo hizo pensar en América como tierra de paz y de futuro. La dictadura nazi y el nuevo desequilibrio mundial lo hizo volver a la América y se instaló en Petrópolis (Brasil), donde, desesperado de ser un "hombre sin patria" y "un aprendiz de refugiado", se suicidó, ingiriendo un veneno en compañía de su segunda esposa Lotte Zweig, el 22 de Febrero de 1942.

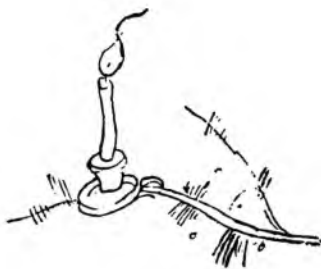


## B I B L I O G R A F I A

NOVELAS CORTAS.—“Amok”, “Veinticuatro horas de la vida de una mujer”, “Impaciencia del corazón”, “Leporella”, “El Refugiado”, “La Institutriz”, “Confusión de sentimientos”, “La Calle del claro de luna”, “Secreto ardiente”, “Noche fantástica”, “Miedo”, “Buchmendel”, “Los ojos del hermano eterno”, “La leyenda de la tercera paloma”, “Carta de una desconocida”, “La destrucción de un corazón”, “Conocimiento casual de un oficio”, “La colección invisible”, “Raquel discute con Dios”, “Las dos hermanas”, “La mujer y el paisaje”, “Adolescencia” y “Novela veraniega”.

BIOGRAFIAS.—“Fouché”; La lucha con el demonio (Holderlin, Kleist, Nietzsche); Tres Maestros (Balzac, Dickens, Dostoiewski) La Cura por el espíritu (Mesmer, Mary Baker Eddy y Freud); María Antonieta; Erasmo; Magallanes; Romain Rolland; Verhaeren; María Estuardo; (Castello contra Calvino); Tres poetas de su vida (Casanova, Stendhal, Tolstoy).

OTRAS OBRAS.—Momentos estelares de la humanidad; Nuevos momentos estelares; Los Creadores; La Pasión creadora; Prohombre del Espíritu; Brasil, País del Futuro; El Mundo de Ayer (Autobiografía).





## El Drama de Nuestro Tiempo

*Habían pasado las horas del pacifismo. Hundidos en la noche de los tiempos perdían actualidad EL FUEGO de Barbusse, EL HOMBRE ES BUENO, de Leonardo Frank, CLERAMBAULT de Romain Rolland. y hasta SIN NOVEDAD EN EL FRENTE de Remarque se exhumaba sin despertar ya eco en el corazón olvidado de los hombres. Volvían a acumularse las nubes sobre el cielo de Europa. Y el mundo ya sentía la vibración lejana de la tormenta. La libertad del individuo, la libertad para pensar y para crear, había empezado a sufrir las primeras graves lesiones: Italia, Alemania y su siniestra amenaza estiraban su sombra sobre el mundo. Mientras allá en el este, en la frontera de Europa, la Unión Soviética sonreía al hombre y a su milenaria esperanza. Pero estaba lejana, detrás de las alambradas de púa de la calumnia y de la incomprensión. Y en Italia era el fascismo, en Alemania el nazi levantaba su brazo para saludar el advenimiento de la esclavización del hombre. Subía la marea, crecía el rumor amenazante, transformado pronto en acción de odio y de venganza. La libertad? Resa-*

*bio democrático. La cultura? Decadencia de Occidente. Campos de concentración para la cultura, calabozos para la libertad del hombre. muerte y violencia para el judío. culpable de todo lo que se opone a la reproducción animada de las primeras páginas de la historia. “Un fantasma recorre Europa”, pero no es, como el de Marx, el fantasma de una verdad que se va abriendo camino en la conciencia recién despierta de los hombres, es el fantasma de edades pretéritas que levanta la losa de su sepulcro para completar, con su brutalidad primitiva, la ferocidad perfeccionada de nuestros tiempos.*

*La presión atmosférica va siendo cada vez más agobiadora. Discursos, artículos apasionados cruzan las fronteras fortificadas ante el ceño fruncido de las naciones. En Alemania se queman los libros de escritores antifascistas y de escritores judíos. Se prohíbe la música de Mendelsohn. Las cínicas teorías de Walter Darré sobre la reproducción de la especie humana, el odio de Rosenberg hacia la cultura europea, destilado en MITO DEL SIGLO XX, reemplazan los versos de Heine y las obras de Einstein y de Sigmundo Freud. En Francia crecen y se envalentonan los “cagouleurs”, los “croix de la feu”, momentáneamente rechazados detrás de las bambalinas por el Frente Popular, mientras que el complot del nazifascismo triunfa en España —campo de maniobras para acciones de más envergadura— del heroísmo del pueblo.*

*El escenario ya está preparado. Qué espera la Alemania nazi para vengar el Tratado de Versalles? Es su magnífico pretexto, aunque también hay otro —la defensa de Europa contra el Comunismo— del que*



*echar mano en caso necesario. Entonces es Austria, Checoslovaquia, Polonia. Es la guerra. Europa en juego y sangre. Holanda. Dinamarca, Bélgica y Noruega. Luego, Francia. Hacia dónde huye la esperanza del hombre? Es el momento sombrío de Dunkerque. Y en el reloj inexorable del destino ya está señalada la hora de Moscú. Las hordas nazis invaden el país del socialismo, donde los aguardaría la derrota en el último capítulo de su sangrienta historia de destrucción. Pero todavía el mundo es una gran herida. Dónde está el hombre que no la haya sentido en su carne o en su alma? Primero había pagado García Lorca, con el sacrificio de su rica juventud, el delito de haber nacido poeta. Después es Antonio Machado, muerto en su trágica marcha hacia un campo de concentración. Después... Cómo viven miles y miles de "refugiados" españoles, alemanes, austriacos, judíos y luego franceses, lejos del escenario donde se representara su vida? Cómo escaparon Feuchtwanger y Heinrich Mann del campo de concentración donde languidecían entre miles de seres inocentes? Qué informe digno de crédito nos hará hallar el verdadero rastro de Romain Rolland, perdido entre cruces gamadas y alambradas de púa? No importa el detalle. Aherrojado espiritual o físicamente, desarraigado del terruño nativo para afrontar un porvenir incierto en latitud extraña o alcanzado por la mortífera bomba, por el hambre o el sufrimiento inaudito, cualquiera de estos destinos es otra versión del mismo drama: el drama del hombre contemporáneo prisionero en las fronteras dilatadas del odio.*

*Pero la intensidad de su drama está en relación*

*dirrta con la medida de su fe. Hasta qué punto el hombre contemporáneo lo es por su proyección hacia el futuro? Hasta qué punto carece de fe para afrontar los cambios que sobrevendrán en la postguerra? Apenas se habían desgarrado las nubes permitiendo vislumbrar a la distancia el resplandor de la aurora, y ya sabíamos que por allí se ensancharía la sonrisa de un mundo nuevo transformado según el ideal eterno de los hombres. Los pueblos no soportarían sus cadenas; resucitarían, para el hombre, la libertad y el derecho, quebrando, en Stalingrado, definitivamente, el orgullo de los nazis y el mito de su invencibilidad, devolviendo al mundo, con el París reconquistado, la cuna de sus más queridos símbolos. Sin embargo, todavía es hora de combate heroico y cruento, de un vivir doloroso y lleno de signos de interrogación. Por eso, no es tiempo de quieta creación. Es tiempo de espera desgarrada, palpitante de odios y alegrías, con los ojos vueltos a la calle y su riada turbulenta. Y del temple y la fe de cada alma depende la calidad de esa actitud trascendente, en su ansia de marchar hacia nuevas formas de convivencia.*

*Stefan Zweig experimentó, en la intimidad de su vida privada, en su actividad literaria interrumpida y dispersa, el drama de nuestro tiempo y, a diferencia de tantos otros que aguardan en el exilio la hora radiante del retorno, no pudo sobrevivir a su mundo, prefirió desaparecer entre las ruinas desmoronadas en la noche anunciadora de un alba nueva.*

Alicia Ortiz Oderigo (1)

(Prólogo a su obra "STEFAN ZWEIG" recientemente editado por la Editorial Nova de Buenos Aires).



## LA INSTITUTRIZ

(Novela corta)

Por STEFAN ZWEIG

Las dos niñas están solas en su habitación. La luz ha sido ya apagada. Reina intensa oscuridad; solamente de las camas sale un tenue resplandor. Las niñas respiran suavemente; se podría creer que duermen.

—Oye—dice una voz. Es la de la menor, que cuenta doce años de edad. Habla en voz baja, casi con temor, en la oscuridad.

—¿Qué ocurre?—contesta desde la otra cama la hermana, que sólo cuenta un año más.

—Estás despierta todavía. Me alegro... Yo... yo quisiera contarte algo.

Del otro lado no llega ninguna contestación. Só-

lo un rumor en la cama. La hermana se ha incorporado. mira esperando, se pueden ver sus ojos brillar en la oscuridad.

—Sabes..., yo quería decirte... Pero dime tú primero: ¿no te ha llamado la atención el modo de ser de nuestra señorita en los últimos días?

La otra vacila y piensa.

—Sí—dice después—, pero no sé decir justamente qué es. Ya no es tan severa. Ultimamente, durante dos días, no hice ninguna tarea y ella no me dijo nada. Y está tan..., no sabría explicar cómo. Creo que ya no se ocupa más de nosotras; siempre está retraída y ya no juega con nosotras como antes.

—Creo que está muy triste y no lo quiere hacer ver. Tampoco toca piano ya.

Vuelve inmediatamente el silencio. Pero la mayor advierte:

—¿Querías contarme algo?

—Sí, pero no debes decírselo a nadie, a ninguna persona, ni a mamá, ni a tu amiga.

—No, no.—Ya se impacienta—. ¿Qué es, al fin?

—Bueno..., ahora, cuando veníamos a acostarnos, se me ocurrió de pronto que no le había dado las buenas noches a la señorita. Ya me había quitado los zapatos, pero a pesar de eso crucé hasta su habitación, en forma silenciosa para sorprenderla. Abro la puerta con toda precaución. Al principio creí que no estaba en su cuarto. La luz estaba encendida, pero a ella no la veía. De repente, me asusté muchísimo, oigo que alguien llora y de pronto la veo, tirada so-

bre la cama, completamente vestida, la cabeza hundida en la almohada. Sollozaba en tal forma que me conmovió. Pero ella no se apercibió de mi presencia. Entonces volví a cerrar nuevamente la puerta. Tuve que detenerme un momento, tal era mi temblor. Nuevamente oí con claridad, a través de la puerta, ese sollozo, y entonces me vine corriendo.

Ambas guardan silencio. Al fin una de ellas dice en voz muy baja:

—Pobre señorita.— Las dos palabras tiemblan en la habitación a oscuras, como un tono profundo y perdido, y nuevamente se hace el silencio.

Quisiera saber porqué ha llorado —dice la menor—. En los últimos días no ha tenido discusión con nadie; mamá la deja, al fin en paz con sus eternas mortificaciones, y nosotras no le hemos hecho absolutamente nada. ¿Por qué llora, entonces, en esa forma?

—Ya me lo imagino — contesta la mayor.

—¿Por qué, dime, por qué?

La hermana vacila; finalmente dice:

—Creo que está enamorada.

—¿Enamorada? —La menor se agita—. ¿Enamorada? ¿Y de quién?

—¿No has observado nada?

—¿No será de Oto?

—¿No? ¿Y él tampoco de ella? ¿Por qué, entonces, él, que desde hace tres años que estudia y vive con nosotras, nunca nos acompañaba, y ahora desde hace pocos meses lo hace cada día? ¿Ha sido alguna vez amable contigo o conmigo, antes de que

llegara aquí la señorita? El día entero lo pasa alrededor nuestro. Siempre nos ha encontrado casualmente, por casualidad se encontraba en los parques de la ciudad o en los paseos a los que íbamos con la señorita. ¿No te ha llamado la atención esto?

Completamente asustada, balbuceó la pequeña:

—Sí..., sí, naturalmente que lo he notado. Sólo que siempre he creído que es...

La voz se le estrangula. Deja de hablar.

—Yo también lo he creído al principio; nosotras, las niñas, somos siempre tan tontas. Pero al tiempo noté que sólo nos utilizaba como pretexto.

Ahora callan las dos. La conversación parece haber terminado.

Ambas piensan, o tal vez ya sueñan.

De pronto surge nuevamente, como desamparada desde la oscuridad, la voz de la pequeña:

—Pero, ¿por qué llora ella, entonces? El la quiere, y yo siempre he creído que debe ser muy lindo estar enamorada.

—Yo no sé—dice la mayor, soñolienta—; yo también he creído que debe ser muy lindo.

Y otra vez, suave y compasivamente, susurran unos labios cansados:

—Pobre señorita.

Después se hace el silencio en la habitación.

A la mañana siguiente no vuelven a hablar de eso, y, sin embargo, ambas adivinan que sus pensamientos giran en torno de un mismo asunto. Pasan de largo una al lado de la otra, se evitan, pero al fin, involuntariamente, se encuentran sus miradas

cuando miran de lado a la institutriz. Sentadas a la mesa, observan como a un extraño a Oto, el primo que desde hace años vive con ellas en la casa. No hablan con él, pero con los párpados bajos lo vigilan para ver si se entiende con la señorita. A las dos las domina la inquietud. Después de comer no juegan; en su nerviosidad por aclarar el misterio, realizan actos torpes e inútiles. A la noche una de ellas pregunta fríamente, como si le fuera indiferente:

—¿Has notado algo hoy?

—No—dice la hermana, y le da la espalda. Las dos tienen cierto temor ante una conversación. Y así transcurren varios días en esta observación muda y vigilancia extrema de las dos niñas, que, inquietas e inconscientes, se sienten cerca de un secreto revelador.

Al fin, después de un par de días, una de ellas observa que en la mesa la institutriz hace a Oto una seña casi imperceptible con los ojos. La niña tiembla de emoción. Bajo la mesa roza suavemente la mano de la hermana mayor. Cuando ésta la mira, le lanza una mirada brillante. Esta comprende de inmediato el gesto y, a su vez, se intranquiliza.

Apenas se levantan del almuerzo, la institutriz les dice a las niñas:

—Id a vuestra habitación y ocupáos en algo; yo tengo dolor de cabeza y me recostaré media hora.

Las niñas bajan la vista. Con cuidado rozan sus manos como para llamarse mutuamente la atención. Y en cuanto la institutriz se retira, salta la más pequeña hacia la hermana y le dice:

—Atención. ahora Oto irá a la habitación de ella.  
—Naturalmente. Sólo por eso nos ha mandado a nuestro cuarto.

—Tenemos que escuchar ante la puerta.

—¿Pero si viene alguien?

—¿Quién?

—Mamá.

La pequeña se asusta.

—¿Entonces?...

—¿Sabes qué? Yo escucho ante la puerta y tú te quedas a vigilar afuera, en el corredor, y me haces una seña si llegara a venir alguno. Así estaremos seguras.

La pequeña pone cara compungida, y dice:

—Pero después no me contarás nada.

—Todo.

—¿Verdaderamente todo..., pero todo?

—Sí; te doy mi palabra. Y tú tienes que toser si oyes acercarse a alguien.

Esperan excitadas, temblando, en el corredor.

Sus corazones laten con violencia. ¿Qué ocurriría? Sus cuerpos se unen íntimamente.

Se oye un paso que se acerca. Ellas se alejan corriendo. Se esconden en la penumbra de su habitación. Efectivamente: es Oto. Su mano mueve el picaporte, entra en la habitación y la puerta vuelve a cerrarse. Como una flecha se acerca la mayor de las niñas y pega su oído a la puerta; escucha sin respirar. La menor contempla anhelante. La curiosidad la domina y se aparta del lugar que le ha sido designado. Se acerca impaciente, pero la hermana, la aleja



enojada. Espera nuevamente afuera, en el extremo del corredor, dos, tres, minutos, que a ella le parecen una eternidad. Arde de impaciencia, salta de un pie sobre otro, como si el piso quemara. Esta próxima a romper en llanto por la excitación y la ira que le causa el saber que la hermana oye todo y ella nada. De pronto enfrente, en la tercera pieza, se cierra una puerta. Ella tose. Y ambas se alejan corriendo y se encierran en su cuarto. Allí quedan un momento sin aliento, con el corazón palpitante.

Ahora la menor insiste afanosamente:

—Cuenta, cuéntame todo.

La mayor pone cara pensativa. Al fin, confundida, como hablando consigo misma, dice:

—No lo comprendo.

—¿Qué?

—Es tan raro esto.

—¿Qué?... ¿Qué?... —La menor pronuncia las palabras jadeando. Ahora la hermana procura recordar. La menor se le acerca, se estrecha contra ella para no perder ninguna palabra.

—Era algo completamente raro..., tan distinto de lo que me imaginaba. Creo que cuando el entró en la habitación la quiso abrazar o besar, porque ella le dijo: “Déjame; tengo que hablar algo serio contigo”. No pude ver nada, la llave estaba colocada del lado de adentro, pero he oído con toda claridad. “¿Qué ocurre?”, preguntó entonces Oto; nunca lo he oído hablar en esa forma. Tú sabes que siempre habla en voz alta y con altanería, pero eso lo dijo con tanta timidez, que enseguida me di cuenta

que sentía temor por algo. También ella debe haber notado que él mentía, porque se limitó a decirle en voz muy baja: “Si ya lo sabes”. “No, no sé nada”. “No”, dijo entonces ella tristemente, completamente triste, “entonces”, ¿por qué te alejas de mí, por qué rehuyes mi compañía? Desde hace ocho días no has hablado una palabra conmigo; me evitas cuando puedes, no sales más con las niñas, no vienes más al parque. ¿Te soy tan extraña de repente? Bien sabes tú porqué te alejas de una vez”. El primero calló, y después dijo: “Estoy de vísperas de examen; tengo mucho trabajo y no me queda tiempo para nada. Es irremediable”. Entonces ella empezó a llorar, y con lágrimas en los ojos le dijo con voz suave y buena-mente: “Oto, ¿por qué mientes? Di la verdad, realmente no merezco esto por ti. No he pedido nada, pero entre los dos tenemos que hablar de esto. Bien sabes lo que tengo que decirte, te lo veo en los ojos”. “¿Pero qué es?”, tartamudeó él, pero muy débilmente. Y entonces ella dijo...

La niña comenzó a temblar y no pudo continuar hablando, por la excitación que la dominaba. La más joven se apretó más aún contra ella e inquirió:

—¿Qué... qué era?

—Entonces ella dijo: “Tengo un hijo tuyo”.

Como tocada por un rayo saltó la pequeña:

—Un hijo. Un hijo. Pero si eso es imposible.

—Pero ella lo dijo.

—Debes haber oído mal.

—No, no, y él lo repitió: saltó exactamente como lo has hecho tú, y gritó: “¡Un hijo!”! Ella guardó

silencio largo rato y, finalmente, dijo: "Qué ocurrirá ahora?" Y entonces...

—¿Y entonces qué?

—Entonces te oí toser y vine corriendo.

La más joven mira fija y azorada ante sí.

—Un hijo. Pero eso es imposible. ¿Dónde quieres que tenga al hijo?

—Yo no sé. Es justamente eso lo que no comprendo.

—Tal vez en la casa donde... antes de que vino aquí con nosotros. Es natural que mamá no le haya permitido traerlo, por nosotras. Por eso está tan triste.

—No divagues. En ese entonces no lo conocía para nada a Oto.

Callan otra vez, perplejas, cavilando indecisas. la idea fija las tortura. Y otra vez comienza la menor:

—Un hijo. Eso es completamente imposible. ¿Cómo puede ella tener un hijo? Si ella no es casada, y solamente las personas casadas tiene hijos, eso lo sé bien.

—Tal vez estuvo casada.

—Pero no seas tonta. No con Oto.

—Pero, entonces, ¿cómo?...

Perplejas, miran fijamente.

—Pobre señorita —dice una tristemente. Siempre que dicen estas palabras, suenan como un suspiro de compasión. Y siempre la curiosidad se entremezcla a ella.

—¿Será niña o varón?

—¿Quién puede saberlo?

—¿Qué opinas... si yo le pregunto... con mucha prudencia?

—¿Estás loca?

—¿Por qué? Ella es tan buena con nosotras.

—Pero qué cosas se te ocurren. A nosotras no nos dicen nada de esto. A nosotras nos ocultan todo. Cuando entramos en la habitación, cambian siempre de conversación y hablan tonterías con nosotras, como si fuéramos criaturas, y eso que ya yo tengo trece años. ¿Para qué quieres preguntarle? A nosotras nos dicen mentiras.

—Pero tendría tantas ganas de saberlo.

—¿Crees, acaso, que yo no?

—Sabes, lo que menos puedo comprender es que Oto decía no saber nada. Se sabe cuando se tiene un hijo, como se sabe que se tiene padres.

—El canalla ha fingido no saberlo. Siempre finge.

—Pero no con una cosa así. Sólo..., sólo cuando nos quiere hacer creer algo...

En ese momento entra la señorita. En seguida están quietas y aparentan trabajar. Pero de soslayo la miran. Sus ojos parecen estar enrojecidos, su voz parece vibrar más gravemente que otras veces. Las niñas están completamente silenciosas, la miran con tímida veneración y piensan: "ella tiene un hijo, por eso está tan triste". Y lentamente entristecen también.

Al día siguiente, durante el almuerzo las sorprende una noticia inesperada. Oto abandona la casa. Le dice al tío que estando en vísperas de exámenes tiene que trabajar intensamente y que aquí se le molesta demasiado. Alquilaría en cualquier parte una

habitación durante este par de meses, hasta que todo hubiera pasado.

Al escucharlo, las dos niñas se excitan enormemente. Sospechan que existe alguna secreta conexión con la conversación de ayer; con su instinto agudizado, perciben una cobardía, una fuga. Cuando Oto quiere despedirse de ellas, se vuelven groseras y le dan la espalda. Pero miran disimuladamente ahora que está parado ante la señorita. Esta contrae imperceptiblemente los labios, pero tranquila, sin decir una palabra, le da la mano.

Mucho han cambiado las niñas en estos pocos días: han perdido sus juegos y sus risas, sus ojos ya no tienen un resplandor alegre y despreocupado. Hay en ellas una inquietud e inseguridad, una feroz desconfianza contra todas las personas que las rodean. Ya no creen lo que se les dice; ventean embustes e intenciones detrás de cada palabra. Miran y espían todo el día, vigilan cada movimiento, cada palpitación, captan detrás de todo, escuchan ante las puertas, para atrapar algo, hay en ellas un afán apasionado por sacudir de sus hombros la oscura red de misterios, o al menos poder echar una mirada en el mundo de la realidad. La fe infantil, esa ceguera alegre y despreocupada, las ha abandonado. Además sospechan una nueva descarga del bochorno de los acontecimientos y temen perderla. Desde que saben que la mentira las rodea, se han vuelto tenaces y vigilantes, taimadas y embusteras. Ante los padres se acurrucan en una infantilidad fingida, para trocarla en una inquietud nerviosa; sus ojos, que antes tenían

un suave brillo superficial, parecen ahora más profundos y centellantes. Tan desamparadas están por su continuo espionaje y acecho, que se unen más íntimamente en su mutuo cariño. Algunas veces se abrazan apasionadamente en repentino impulso, cediendo a una redundante necesidad de cariño que surge imprevistamente, o rompen a llorar. Sin motivo aparente, su vida se ha vuelto, de una vez, una crisis.

Entre los muchos agravios, para los que recién ahora se les ha despertado el sentimiento, se perciben principalmente de uno. En silencio, sin palabras, se han comprometido a brindar a la señorita, que está tan triste, la mayor cantidad de alegrías. Hacen sus deberes en forma diligente y cuidadosa, se ayudan mutuamente, están calladas, no dan un solo motivo de queja, se adelantan a cada deseo. Pero la señorita no lo nota, y eso les causa mucha pena. Ella ha cambiado tanto en este último tiempo. Algunas veces, cuando una de las niñas le dirige la palabra, se estremece como si hubiera sido despertada de un sueño. Y su mirada, entonces, parece estar buscando siempre en una remota lejanía. A menudo permanece horas enteras sentada, con la mirada fija ante sí. Entonces las niñas, para no molestarla, se deslizan silenciosamente, en puntas de pie, y perciben, sorda y misteriosamente: ahora piensa en su hijo que está en algún lado, lejos de allí. Y siempre más, desde lo profundo de su naciente feminidad, aman a la señorita que ahora se ha vuelto tan clemente, tan suave. Su andar, tan vivaz y orgulloso, es ahora más pausado, sus movimientos más cuidadosos, y las niñas presienten en todo esto una misteriosa tristeza. Nunca la han

visto llorar, pero sus párpados están a menudo enrojecidos. Se dan cuenta de que la señorita quiere ocultar ante ellas su dolor y se desesperan por no poderla ayudar.

Y en una ocasión en que la señorita se vuelve hacia la ventana y pasa disimuladamente el pañuelo sobre sus ojos, la menor de las niñas, con repentino valor, se levanta y tomándole con suavidad la mano, le dice:

—Señorita, en estos últimos tiempos usted está tan triste, ¿verdad que no es por culpa nuestra?

La señorita la mira conmovida y acariciándole con los suaves cabellos, le dice:

—No, niñas, no: con seguridad que no es por culpa vuestra. — Y la besa suavemente en la frente.

Acechando y observando, no dejando nada de lo que acontece en el círculo de sus miradas, sin su correspondiente atención, una de ellas, entrando de pronto en la habitación, sorprendió unas palabras; no fué más que una frase, porque los padres interrumpieron la conversación, pero cada palabra hacía surgir ahora en ellas mil suposiciones.

—A mí también ya me llamó la atención algo de eso —había dicho la madre—. Ya la interrogaré.

La niña creyó en un principio que se referían a ella y casi temerosa se apresuró a unirse con la hermana en demanda de ayuda y consejo. Pero al mediodía observan que los ojos de los padres se detienen examinadores sobre el rostro soñador y distraído de la señorita y luego cambian entre sí una mirada de inteligencia.

Terminado el almuerzo, la madre dice superficialmente a la señorita:

—Por favor, venga luego a mi habitación; tengo que conversar con usted.

La señorita inclina ligeramente la cabeza. Las niñas se estremecen violentamente; perciben que ahora ocurrirá algo.

Y en seguida, en cuanto la señorita entra en la habitación, se precipitan para escuchar. Este escuchar tras las puertas cerradas, este huronear en los rincones, este acechar y espiar, se ha vuelto algo completamente natural para ellas. Ya no se dan cuenta de lo feo y lo osado que hay en ello; sólo tienen una idea: apoderarse de todos los secretos, con los que, como un velo, les cubren la vista.

Escuchan. Pero sólo se oyen leves murmullos de palabras susurradas. Sus cuerpos tiemblan nerviosamente. Temen que todo pueda escapárseles.

Pero en ese momento se eleva el tono de una de las voces en la habitación: es la de la madre. Sueña enojada y agresiva:

—¿Ha creído usted que toda la gente es ciega, que no se nota eso? Me puedo imaginar en qué forma ha cumplido usted su obligación con tales pensamientos y tal moral. ¡Y a tal persona he confiado yo la educación de mis hijas, a las que Dios sabe cuánto habrá desatendido!...

La señorita parece haber replicado algo, pero el tono de su voz es demasiado bajo para que las niñas puedan entender.

—Excusas, excusas. Toda persona desaprensiva



tiene sus excusas. Se entrega al primero que se presenta y no piensa en nada. Dios ya proveerá lo demás. Y una persona así quiere ser institutriz, educar niñas. Eso es una insolencia. No supondrá usted que en este estado yo la retendré por más tiempo en mi casa.

Las niñas, afuera, escuchan. Sus cuerpos son recorridos por escalofríos; no entienden nada, pero es terrible para ellas escuchar la voz tan irritada de su madre, y ahora, como única contestación, los fuertes sollozos de la señorita. Sus ojos se llenan de lágrimas. Pero la madre parece excitarse siempre más.

—Pero es lo único que usted sabe ahora: llorar. Pero a mí no me conmueve. Con tales personas no tengo ninguna compasión. No me interesa en lo más mínimo lo que pueda ser de usted. Ya sabrá a quien tiene que dirigirse; yo ni le pregunto quien és. Lo único que sé es que no toleraré ni un día más en mi casa a quien ha descuidado en forma tan infame sus obligaciones.

Sólo un llanto contesta, un llanto desesperado, salvaje, bestial, que sacude como la fiebre a las niñas que están en el exterior. Nunca han oído llorar en esa forma. Y perciben confusamente que quien llora así no puede ser culpable. La madre calla ahora y aguarda. De repente dice con brusquedad:

—Bien, eso es todo lo que quería decirle. Arregle ahora sus cosas y venga mañana temprano a retirar su sueldo. Adiós.

Las niñas se retiran precipitadamente y se ocultan en su habitación. ¿Qué fué eso? Como un rayo cayó ante ellas. Pálidas y temblorosas están ahí paradas. Por primera vez sospechan en alguna forma la realidad. Y por primera vez se atreven a sentir algo así como sublevación contra sus padres.

—Eso fué grosero de parte de mamá. hablar en esa forma con ella—dice la mayor. mordiéndose los labios.

La pequeña se asusta ante la palabra osada que empleó la hermana y tartamudea, lamentándose:

—Pero si todavía no sabemos lo que ha hecho.

—Con toda seguridad. nada malo. La señorita no puede haber hecho nada malo. Mamá no la conoce.

—¡Y cómo lloraba! Me dió miedo.

—Sí. fué horrible; pero también. cómo la gritó mamá. Eso fué grosero. te lo aseguro. fué grosero. —Golpeó el piso con el pie. Los ojos se le llenaron de lágrimas. En ese momento entró la señorita. Parecía muy cansada.

—Niñas, esta tarde tengo que hacer. ¿Verdad que quedaréis solas. que puedo confiar en vosotras? Luego a la noche las veré.

Se va sin notar la agitación que embarga a las niñas.

—Has visto. tenía los ojos llorosos. No comprendo cómo la pudo tratar en esa forma.

—Pobre señorita.

Suena nuevamente. compasivo y velado por las lágrimas. Azoradas, quedan ahí paradas. Entra en ese instante la madre y les pregunta si quieren salir a

pasear con ella. Las niñas rehuyen. Temen a la mamá y, además, les indigna que no se les diga una palabra sobre el despido de la señorita. Prefieren quedarse solas. Como dos golondrinas en una jaula estrecha, se lanzan de un lado a otro, ahogadas por esta atmósfera de falsía y encubrimiento. Reflexionan si no deben entrar en el cuarto de la señorita para interrogarla, calmarla y convencerla de que debe quedarse y de que la mamá es injusta. Pero temen ofenderla. Y también están avergonzadas: todo lo que ellas saben lo han espiado y captado. Tienen que fingirse tontas, tontas como lo eran hasta hace dos, tres semanas. Por lo tanto, quedan solas, una tarde larga e interminable, cavilando y llorando y siempre en los oídos la terrible voz dominada por la rabia mala y despiadada de la madre y el desesperado llanto de la señorita.

Por la noche la señorita entra fugazmente en el cuarto de las niñas y les desea buenas noches. Las dos tiemblan al verla salir; quisieran decirle algo todavía. Pero ahora que la señorita ya ha llegado hasta la puerta, se vuelve de repente, como llamada por este mundo deseo, y nuevamente se acerca a las camas de las niñas. Algo brilla en sus ojos; es húmedo y turbio. Abraza a las dos niñas, que comienzan a sollozar en forma desgarradora; las besa otra vez y luego sale precipitadamente.

Bañadas en lágrimas quedan las niñas. Sienten que eso ha sido una despedida.

—No la veremos más—dice, llorando, una de ellas—. Verás, mañana, cuando regresemos de la es-

cuela, ya no estará aquí.

—Tal vez podamos visitarla más tarde. Entonces seguramente nos mostrará su hijo.

—Sí; es tan buena ella.

—Pobre señorita. — Ya es otra vez un gemido de su propio destino.

—¿Te imaginas lo que será esto ahora sin ella?

—Nunca podré tolerar a otra señorita.

—Yo tampoco.

—Ninguna será tan buena con nosotras. Y después...

No se atreve a decirlo. Pero por un sentimiento instintivo de la feminidad, la veneran desde que saben que tiene un hijo. Las dos piensan siempre en eso y ahora ya no con la curiosidad infantil, sino conmovidas y emocionadas hasta lo más profundo de su ser.

—Oye — dice una de ellas—. Escúchame.

—Sí.

—Sabes, me agradaría mucho brindarle una alegría a la señorita antes de que se vaya. Para que sepa que la queremos y que no somos como mamá. ¿Quieres?

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

—He pensado, a ella le gustan tanto los claveles blancos, y entonces creo que mañana antes de ir a la escuela podemos comprar algunos y ponérselos después en su cuarto.

—¿Pero cuándo?

—Al mediodía.

—Con seguridad que entonces ya se ha ido. Creo

que es mejor que yo baje muy temprano y los busque sin que nadie lo note. Y en seguida se los llevamos a su habitación.

—Sí, es mejor; nos levantaremos muy temprano.

Toman sus alcancías y juntan su dinero. Ahora ya están más contentas, desde que saben que pueden demostrar a la señorita su cariño y abnegación.

Muy temprano se levantan. Cuando llaman en la puerta de la habitación de la señorita, con los lindos y grandes claveles blancos en sus manos, que tiemblan ligeramente, no contesta nadie. Creen que la señorita está durmiendo y, silenciosamente, evitando hacer ruido, se deslizan al interior. Pero la habitación está vacía. La cama no ha sido tocada. Todo está desparramado, en desorden. Sobre la mesa, resaltando sobre la carpeta oscura, se ven dos cartas.

Las niñas se asustan. ¿Qué ha ocurrido?

—Yo iré a ver a mamá — dice resuelta la mayor.

Y obstinada, con ojos sombríos, sin temor, se planta ante la madre y pregunta:

—¿Dónde está nuestra señorita?

—Estará en su habitación — dice, sorprendida, la madre.

—Su habitación está vacía, la cama no ha sido tocada. Tiene que haberse ido anoche ya. ¿Por qué no se nos ha dicho nada de esto?

La madre no nota el tono enojado y desafiante. Ha palidecido y entra en la habitación del padre, el que desaparece rápidamente en el cuarto de la señorita.

Permanece largo tiempo allí. La niña observa a la madre --que parece estar muy agitada-- con una mirada hostil y fija, sin que los ojos de ésta se atrevan a enfrentarla.

En esto regresa el padre. Trae el rostro lívido y en sus manos una carta. Entra con la madre en la habitación y allí conversan en voz baja. Las niñas quedan afuera y por una vez ya no se atreven a escuchar. Tienen miedo de la ira del padre, a quien nunca han visto en ese estado.

La madre, que en este momento sale de la habitación, tiene ojos llorosos y mirada azorada. Las niñas se le acercan inconscientemente, como empujadas por el miedo, y quieren volver a preguntarle algo. Pero ella les dice rudamente:

--Vayan a la escuela, que ya es tarde.

Y las niñas tienen que ir. Como en un sueño están sentadas allá, cuatro, cinco horas, entre las otras, y no oyen una palabra. A la carrera regresan al hogar.

Allí está todo como siempre, sólo que un horrible pensamiento parece embargar a toda la gente. Ninguno habla, pero todos, hasta los sirvientes, tienen miradas singulares. La madre viene al encuentro de las niñas. Parece estar preparada para decirles algo. Comienza:

--Niñas, vuestra señorita no vendrá más está...

Pero no se atreve a terminar. Tan brillantes, tan amenazadoras, tan peligrosas son las miradas que las niñas fijan sobre ella, que no se atreve a decirles una mentira. Se da vuelta y va a ocultarse a su habitación.

A la tarde aparece de repente Oto. Ha sido llamado porque había una carta para él. También él está pálido. Confundido, está parado sin saber qué hacer. Todos lo evitan. En ese momento ve a las niñas acurrucadas en un rincón y se dirige hacia ellas para saludarlas.

--¡No me toques! — grita una de ellas y se estremece de asco. Y la otra le escupe a los pies. Por un momento vaga todavía confuso y desconcertado por la casa; después desaparece.

Nadie habla con las niñas. Ellas tampoco cambian palabras entre sí. Pálidas y desazonadas, vagan sin cesar como fieras en la jaula, de un cuarto a otro; se encuentran siempre a cada paso, se miran en los ojos llorosos pero no dicen una palabra. Ahora saben todo. Saben que se les ha mentido, que todas las personas pueden ser malas y perversas. Ya no aman a sus padres, ya no creen en ellos. Saben que ya no deben confiar en nadie, que de ahora en adelante la enorme carga de la vida pesará sobre sus débiles hombros. Del alegre bienestar de la niñez han caído en un profundo precipicio. Todavía no pueden captar lo horrible que ha ocurrido a su alrededor, pero su pensamiento roe en ello y amenaza ahogarlas. En las mejillas tienen calor febril, y en los ojos una mirada mala e irritada. Como friolentas en su soledad, vagan de un lado a otro. Miran a todos en forma tan terrible y su incesante vagar refleja tan a las claras la intensa agitación que reina en ellas, que nadie, ni aún los padres, se atreven a dirigirles la palabra. Y una comunidad asustadiza une a las dos,

sin que se hablen mutuamente. El silencio, el impenetrable e indubitable silencio, el pérfido y reservado dolor sin gritos y sin lágrimas las convierte en extrañas y peligrosas para todos. Nadie se les acerca. El acceso a sus almas está trunco, tal vez por muchos años. Todos los que las rodean, perciben que ahora ellas son enemigas, enemigas resueltas que ya no pueden perdonar. Porque desde ayer ya no son niñas.

En esta tarde envejecen en muchos años. Y recién a la noche, cuando vuelven a estar solas en la oscuridad de su cuarto, despierta en ellas nuevamente el miedo infantil, el miedo ante la soledad, ante la figura de los muertos, y también el miedo lleno de presentimientos de cosas inciertas. En la general agitación que reinaba en la casa fué olvidado encender la calefacción. En la habitación fría, las dos niñas se acurrucan tiritando en una de las camas, se abrazan estrechamente con sus delgados brazos de niñas y unen sus magros cuerpos, aún no desarrollados, como para buscar ayuda ante su miedo. Todavía no se atreven a hablar. Pero ahora la menor empieza a llorar y la mayor la acompaña en salvajes sollozos. Estrechamente abrazadas, bañan sus rostros con las tibias lágrimas que brotan a raudales de sus ojos de niñas; sus pechos unidos reciben el golpe de los sollozos y los devuelven con estremecimientos. Ambas son su único dolor, un único cuerpo sollozante en la oscuridad. Ya no lloran por la señorita, por los padres, que ahora están perdidos para ellas; es por un repentino horror que las sacude, un miedo ante todo lo que ahora vendrá de este mundo desconocido en el que hoy por



primera vez han mirado asustadas. Tienen miedo ante la vida, en la que ahora han de crecer, ante la vida que se eleva oscura y amenazadora ante ellas como un bosque sombrío al que tienen que atravesar. Se vuelve siempre más turbio este confuso sentimiento de miedo, casi como un sueño, siempre más suaves sus sollozos. Sus alientos se unen ahora acompasados, como antes sus lágrimas. Y así se duermen al fin.



La mejor HARINA DE MAIZ de  
la República

la fabrica

**EL MOLINO SEVERINO**

Calle Montesión No. 10—Tel. 278—Apartado 717

Panamá, R. de P.

**FARMACIA SELECTA**

Magnífico surtido de medicinas de patente

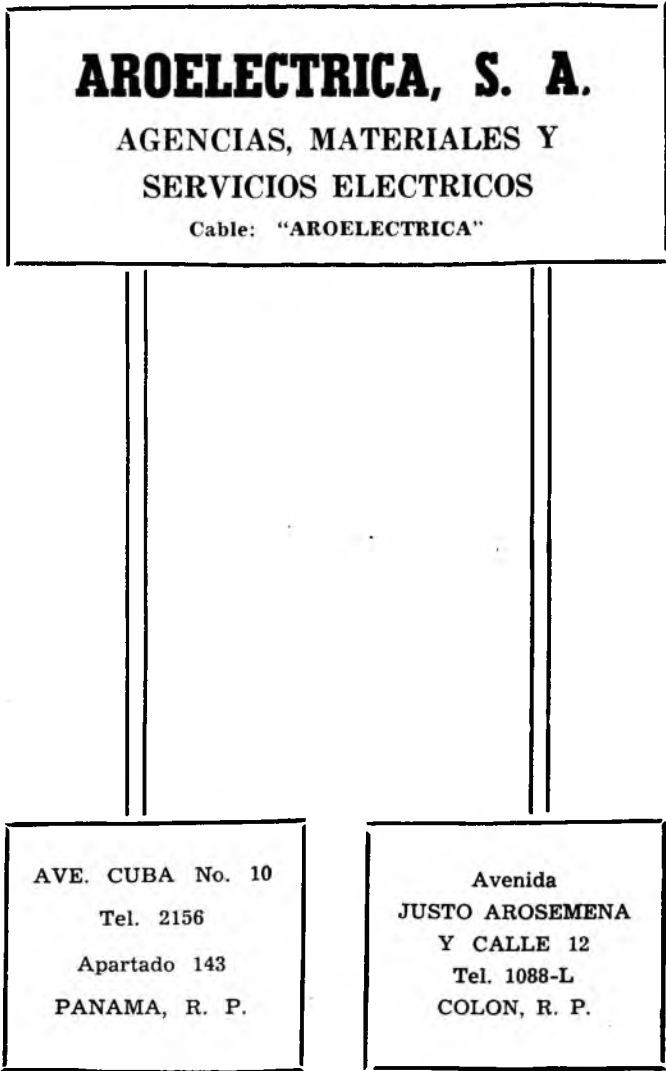
PERFUMES

COSMETICOS

PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4



***Muebles!!!***

**Mueblería G O M E Z**

Ave. Central 158      Tel. 1354-L

**C A F E S A V O Y**

**ABIERTO**

de 6 a. m.

a 12 p. m.



Calle H y 17 Oeste

## PROTEJA SU VIDA CON BAÑOS DE SOL

Además de las vías respiratorias que abastecen de oxígeno el organismo, tiene particular importancia la alimentación que el cuerpo recibe a través de la piel.

Efectivamente el organismo humano se ha hecho para vivir en plena atmósfera en medio de energías luminosas, térmicas y aéreas para que pueda obtener vigor.

La piel además de ser un órgano eliminatorio de toxinas, es un órgano de absorción y oxidación. No solamente absorbe el oxígeno del aire, sino las sustancias químicas contenidas en los rayos solares.

La piel es una gran glándula. Si mantuviésemos nuestro cuerpo, constantemente a la exposición de los rayos solares y al aire libre, podríamos sanar pronto de muchas enfermedades, por la acción heliofisiológica y helioterápica.

La piel es un agente antirraquítico. Es altamente beneficiosa para inmunizar el cuerpo contra la tuberculosis. Los rayos ultravioleta del Sol, producen a través de la piel la Vitamina D. La mayor parte de los enfermos de tuberculosis son personas mal alimentadas y faltas de sol.

—La piel debe mantenerse limpia, bien aireada y bien soleada. Donde no entra el Sol entra el médico.

La luz solar ejerce en el cuerpo funciones microbianas, fagocitaria, calmante cicatrizante, eliminadora de toxinas, antifebrífuga, analgésica, terapéutica tónica y sudorífica.

La piel debe mantenerse limpia, al aire libre y al Sol. Los baños de Sol deben ser de 10 minutos lo mínimo todos los días y el cuerpo debe estar la mayor parte desnudo.

Los baños de aire consisten en exponer el cuerpo al aire todos los días, lo menos cubierto posible, durante algunos minutos.

Los baños de Sol no deben ser tomados después de las 10 y media de la mañana ni antes de las cuatro de la tarde. El Sol después de las 10 de la mañana hasta las cuatro de la tarde no es beneficioso para el organismo, si el cuerpo permanece mucho tiempo a los rayos solares.

Los baños de agua para la piel en la regadera, deben ser con jabones que no tengan mucha potasa y con preferencia con jabones aceitosos. El baño de agua debe ser corto.

Algunas veces es tonificante el baño con agua tibia, cuando el cuerpo está muy cansado. Al salir del baño debe darse un masaje con la toalla por todo al cuerpo y hacer profundas inspiraciones de aire.

Todos los baños, el de aire, de sol o de agua, deben ser acompañados de ligeros ejercicios para activar la circulación de la sangre, con excepción de los casos de enfermedades de las vías respiratorias, cuando las exposiciones solares deben ser en la más completa quietud y bajo la dirección médica.

IUNTA NACIONAL DE NUTRICION BANCO AGROPECUARIO

## EL BUEN VECINO, S.A.

(Carretera del Aeropuerto No. 60)

### FABRICA DE ROPA

GUAYABERAS, PIJAMAS, PANTALONES Y  
UNIFORMES PARA NIÑOS Y HOMBRES

Gerente General: Raimundo Ortega Vieto

Teléfono 2732\_J

Apartado: 572

## *Angelini*

COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890



Teléfono 887-1687

Avenida Central 179

# MARIO GALINDO Y CIA. S. A.

Avenida Norte 71

Teléfono 119

Materiales de construcción

Ferretería en general.

LA PINTURA DE MEJOR CALIDAD



**Librería**  
**Ibero - Americana**  
**AVENIDA "B" 98**  
(Cerca de la Estación del  
Ferrocarril)  
**Libros: Filosofía**  
**Ciencias Ocultas**  
**Literatura Arquitectura**  
**Medicina etc.**

**MUEBLERIA**  
**T U Ñ O N**  
**Ave. Central y Calle 31**  
(Edificio San Roque)  
**Muebles cómodos y**  
**elegantes a precios**  
**especiales**  
**Compre sus muebles con**  
**tiempo.**  
**Aproveche nuestros**  
**precios especiales.**

**CANTINA**  
**TIA JUANA**  
**El sitio ideal para**  
**ver a sus amigos.**  
**Calle J. No. 1**  
**Panamá, R. de P.**

**Centro**  
**Internacional**  
**de**  
**Importaciones**  
**y**  
**Exportaciones**  
**Ventas al por mayor**  
**D. G. LANGSHAW**  
**Calle 12 Nº. 14**  
**Teléfono 1394**  
**Apartado 799**  
**Cables "Langshaw"**  
**Panamá, R. P.**



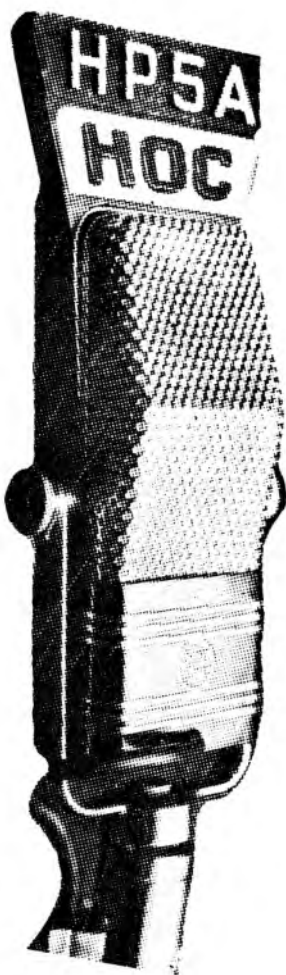
**C**adena

HOC Y HP5A  
PANAMA

**P**anameña

HOK Y HP5K  
COLON

**R**adiodifusión



**CIA. PARA SERVICIOS  
DE OFICINA**

Agentes Exclusivos de las Máquinas

**R O Y A L  
M O N R O E  
MIMIOGRAFOS GESTETNER  
(OFFICE SERVICE)**

Plaza de la Catedral, No. 28  
Teléfono 1360

**LIBRERIA SELECTA**

Apartado 1159

Teléfono 1306-L

AVE. CENTRAL Y CALLE 9a.

PANAMA

# LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad de la República se sostienen con el producto de LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS LAS SEMANAS BILLETES DEL SORTEO ORDINARIO Y DE LOS "3 GOLPES"

## No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados comprando únicamente billetes de la LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS EXTRAORDINARIOS SON UN EXITO.

# **BIBLIOTECA SELECTA**

dirigida por **ROGELIO SINAN**

Si quiere Ud. formarse una idea exacta de nuestra joven literatura colecciona desde hoy la Biblioteca SELECTA. En cada entrega le daremos a Ud. textos completos de los mejores escritores del Istmo con noticias sucintas de su vida y sus obras.

Si desea conocer lo más selecto de la literatura mundial adquiera cada mes los cuadernos de Cultura SELECTA. En cada número publicaremos la obra más significativa de los mejores escritores del mundo.

Coleccione la Biblioteca SELECTA. Ella le brinda un panorama completo de la literatura universal en ediciones modestas y económicas, impresas con la mayor pulcritud.

SELECTA aspira a divulgar la cultura, reduciendo los precios y brindándole al mayor número de lectores lo más interesante de la literatura mundial.

Coleccione SELECTA. Deléitese leyendo los mejores ensayos, los mejores artículos, los mejores poemas, las mejores biografías noveladas y los mejores cuentos narraciones, leyendas, etc etc.

Adquiera siempre la BIBLIOTECA SELECTA y recomiéndela a sus amigos. Solicítela en los puestos de venta o en nuestras oficinas, Avenida Ancón 73, Apartado 3181, Teléfono 1436-L. Panamá, Rep. de Panamá.